

siva se preservó, pero la substancia viviente fué destruída.

El Cristianismo oficial se redujo a una serie de prácticas formalistas, y quedó privado de su gran significación social. Y la iglesia, como representante material del Cristianismo dominante, llegó a ser en sí misma una organización social y económica dominadora y opresiva. En la Edad Media, la posición social del clero es absolutamente idéntica a la de la nobleza. Es una clase explotadora. Posee tierras y costosos edificios e incontables tesoros. Emplea obreros y ejércitos, e impone contribuciones al pueblo. Va a la zaga de reyes y príncipes en poder temporal, y a menudo los sobrepuja en esplendor mundano. Del espíritu y tradiciones de sus primitivas enseñanzas y prácticas, nada queda, excepto el desnudo esqueleto de formal receptora de limosnas.

En los tiempos modernos se le ha quitado a la Iglesia una gran parte de su poder temporal, pero aún se ostenta como el más firme aliado y el más leal apologista de las clases poderosas, y como el más decidido enemigo del pueblo bajo. Todas las formas de tiranía política y de opresión social y económica, han merecido invariablemente su apoyo espiritual y sus pastorales bendiciones. Todos los esfuerzos de los humildes para levantar sus cabezas, han encontrado infaliblemente su severa represión. El servilismo y la esclavitud fueron sancionados por la Iglesia como instituciones ordenadas por Dios. El señor feudal, brutal y rapaz, fué aclamado por ella como el "soldado de Cristo" y el tirano autocrático como el "ungido de Dios." Las luchas de los pueblos para alcanzar la libertad en la décima octava centuria y el movimiento americano anti-esclavista de principios del siglo XIX, fueron combatidos como malvados

por la Iglesia, y en la misma forma es combatida por ella la moderna pugna de los trabajadores por la justicia económica.

La Iglesia puede ser culpada de tomar siempre el partido de los patrones en toda la lucha importante del trabajo. Aconseja resignación "Cristiana" y predica a los explotados obreros la biblia inmoral y paralizante de la sumisión servil. Aborrece y execra todas las revueltas contra las clases dominantes, y esa es la verdadera razón de su enconada guerra contra el Socialismo, y la más radical y potente expresión de la moderna revolución de la clase obrera.

No es verdad que la ruidosa agitación anti-Socialista de la Iglesia Católica sea inspirada por la pretendida "inmoralidad" o "irreligiosidad" del movimiento. La Iglesia Católica permanece indiferente e inactiva a la vista del más lamentable crecimiento de la prostitución, de la esclavitud blanca, y de todas las formas de degeneración moral, así como de las más crudas manifestaciones de ateísmo, siempre que no dañen el poder material de las clases dominantes. La Iglesia Católica se preocupa poco de la moralidad *per se*. Sus activos y agresivos ataques son siempre dirigidos en contra de los movimientos libertarios, y en tales casos los cargos de inmoralidad e irreligión son sus invariables armas de combate.

De seguro que esta regla, como todas las reglas, no obra sin escepciones. Todos los modernos movimientos por la elevación humana han merecido el activo y entusiasta apoyo de algunos—muchos a menudo—ministros de la Iglesia de alta mentalidad. Pero ellos han sido la escepción; y, particularmente tratándose de sacerdotes católicos, la escepcional y anómala posición de

campeones clericales de la libertad popular, ha sido a menudo acentuada por la severa disciplina de la Madre Iglesia.

Y, sin embargo, yo aconsejaría a mis camaradas en el movimiento Socialista y del trabajo, que sean buenos católicos, no tomar muy a pecho los ataques de su Iglesia. Porque así como la Iglesia se ha opuesto siempre a todo movimiento revolucionario y progresivo, del mismo modo uniformemente se ha reconciliado con esos movimientos a la hora del triunfo y la victoria. La Iglesia Católica aparece enteramente leal en su apoyo al Republicanismo, a la libertad personal y aún a la libertad religiosa, en todos los países donde esos privilegios se han conquistado, aunque rudamente se hayan opuesto a tales instituciones antes de su implantación, y aún cuando todavía se oponga a ellas en países de gobiernos monárquicos y de organización social retrazada. Por tanto, queda dentro de los límites de lo posible la presunción de que, cuando el movimiento socialista haya alcanzado su objeto y la comunidad Socialista sea un hecho realizado, la Iglesia Católica le otorgará sus unciosas bendiciones y proclamará que es la organización social ordenada por Dios.

He salido al encuentro de los ataques y he contestado los argumentos de mi opositor tan completa y francamente como he podido. Pero hay aún otra face en el asunto que apenas ha tocado el Dr. Ryan y que me parece mucho más importante para una exacta apreciación de la actitud socialista hacia la religión, que todos los puntos hasta aquí discutidos. Me refiero a la tolerancia religiosa del organizado movimiento Socialista y al probable efecto del orden socialista sobre la libertad religiosa. Porque, después de todo, las creencias reli-

giosas privadas del Socialismo individual, no son de mayor importancia y significación que las de cualquier otro individuo. El agnostisista, el hombre de creencias filosófico-religiosas y el católico ortodoxo, se enfrentan con diferentes y antagónicas opiniones. ¿Quién tiene razón y quién no tiene?

Mis creencias difieren de las del Dr. Ryan. Yo creo que tenga razón. El Dr. Ryan está convencido de que él la tiene. La absoluta o relativa verdad de nuestras posiciones puede sólo establecerse por un libre intercambio de argumentos y por nuestra respectiva habilidad para persuadir al mayor número de individuos. De allí que no sea la cuestión importante si individualmente el Socialista cree o qué es lo que cree, sino determinar si el movimiento socialista manifiesta inclinación a intervenir con las organizaciones y propagandas religiosas, y si el "Estado Socialista" se inclina a suprimir o restringir las creencias, enseñanzas y prácticas religiosas.

El organizado movimiento socialista, en todas las épocas y activa y consistentemente, ha defendido la absoluta libertad en las creencias y prácticas religiosas, no sólo dentro de sus propias filas como una cuestión de táctica, sino dentro de la comunidad como cuestión de principio. La primera prueba definida se presentó por sí misma a la joven Democracia-Social de Alemania cuando el Gobierno del imperio recientemente fundado bajo la jefatura reaccionaria del Príncipe Bismarck trató de suprimir la Iglesia Católica. Tres proyectos de ley fueron sometidos al Reichstag. Uno, para limitar la libertad de expresión en el púlpito (1871); otro, para expulsar, del país a los jesuitas (1872); y el tercero, para quitar la educación de los sacerdotes de la Igle-

sia (1873). Los Diputados Socialistas en el Reichstag, y fuera de él la prensa y oradores Socialistas, lucharon consistente y enérgicamente contra cada uno de tales proyectos.

La Iglesia Católica es todavía una de las "comunidades religiosas" oficialmente reconocidas por el Gobierno Alemán, pero ésta no siempre la protege contra las molestias y persecuciones por parte de los varios estados constitutivos del Imperio. Con el propósito de poner fin a tales molestias y conservar al mismo tiempo todos los privilegios derivados del reconocimiento oficial del estado, la Iglesia Católica por medio de sus representantes en el Reichstag (el "partido del centro") introdujo el llamado "Proyecto de Tolerancia" en 1900. El proyecto establecía "libertad en las creencias religiosas" en términos generales, pero demandaba muy especialmente, la absoluta independencia de las comunidades religiosas reconocidas por el Estado. A este proyecto propusieron los Socialistas una adición demandando una absoluta libertad de convicciones, creencias y prácticas religiosas para todos los individuos. En la votación final los Católicos hicieron uso de su fuerza, en contra de la proposición Socialista, mientras que los Socialistas unánimemente votaron en favor de la proposición Católica.

Una prueba aún más reciente de la sinceridad Socialista en cuestiones de tolerancia religiosa, se presentó a fines del año de 1912, cuando el gobierno Alemán renovó sus ataques en contra de la orden de Jesús, en forma de una interpretación rígida y hostil de las leyes anti-Jesuíticas de 1872, conocidas como las "leyes de Mayo." La actitud de los Socialistas en esa ocasión se apre-

ciará mejor referida por alguna de las publicaciones Católicas Americanas.

El Catholic Telegraph de Diciembre 12 de 1912, dice: "En la situación derivada del rompimiento entre el gobierno y el Centro Católico a causa de la decisión del Bundesrath en un caso que afecta la ley anti-Jesuita, que el Dr. Spahn, el leader Católico denunció al Canciller Imperial en el Reichstag, el ministro acudió a la medida sin precedente de invitar a los Demócratas Socialistas para hacer causa común en contra del Centro Católico, que fué primeramente parte del *bloc* gubernativo.

"El Centro, con la ayuda de su aliado (sic) los Socialistas, tuvo 200 votos (los Socialistas 110, el Centro sólo cerca de 90.—M. H.), o sea una mayoría absoluta del Reichstag, con lo que pudo obstruir la aprobación del proyecto de ley e inutilizar todas las otras ruedas legislativas-----

"La llamada del gobierno a los Socialistas cayó aparentemente en oídos sordos.

"Sería una *mesalliance* en la que no hay que pensar', dice Eduardo Bernstein, el escritor Socialista y uno de los leaders en el Reichstag. 'Todas nuestras tradiciones excluyen tal combinación.' "

El Catholic Tribuna de la misma fecha informa a sus lectores que "el Speaker Socialista aseguró al Centro que tendría el apoyo de su partido."

De todo esto se desprende no sólo que los Socialistas son absolutamente consistentes y sinceros en su credo de tolerancia religiosa, sino también que la Iglesia Católica puede, en ocasiones, encontrar en ellos "aliados" políticos altamente sinceros y deseables.

El moderno movimiento socialista ha demostrado

en esa forma, de palabra y obra, su amplio espíritu de tolerancia religiosa. ¿Hay alguna buena razón para presumir que el Estado Socialista establecido, sería menos tolerante, o que su existencia llegase a ser incompatible con la continuación de las prácticas religiosas?

El Socialismo, por una parte, demanda la completa separación del Estado y la Iglesia y, por la otra, pugna por una absoluta libertad religiosa. Estos dos principios fundamentales determinan la actitud que el Estado Socialista debe adoptar sobre la Religión y sus prácticas. Fundadamente, puede predecirse que la administración socialista no conferirá ningunos derechos, privilegios o exenciones especiales a la Iglesia, ni le otorgará sanción o reconocimiento oficial. Por otra parte, no tomará ingerencia en lo más mínimo con su existencia, enseñanzas y prácticas.

La Iglesia será, por tanto, una asociación voluntaria de individuos profesando similares creencias religiosas, y será apoyada y sostenida por la contribución privada de sus miembros. La extensión de su fuerza e influencia dependerá en absoluto de la medida en que se satisfaga las necesidades espirituales de la población. ¿Soportará la Iglesia esa prueba? ¿Sobrevivirá el Cristianismo bajo tales condiciones?

El Dr. Ryan asegura que en la concepción del Socialismo Marxiano "el Cristianismo dejará de existir con la caída del Capitalismo y de la propiedad privada." Esta predicción puede ser perfectamente atinada desde el punto de vista de los que consideran al Cristianismo como un simple "baluarte de la clase capitalista." Pero de regreso la predicción no puede ser aceptada por los verdaderos creyentes que consideran el Cristianismo como una fuerza independiente y absoluta capaz de so-

brevivir a todos los cambios políticos y económicos. No hay, por tanto, razón alguna para que un buen católico abrigue aprehensiones por la suerte del Cristianismo bajo el régimen Socialista—a menos que su fé no sea tan firme como pudiera ser.

El Dr. Ryan concluye su habilidoso artículo con lo que él titula una proposición "enteramente razonable" al movimiento socialista. La proposición es, en verdad, absolutamente "elemental en su simplicidad." Todo lo que mi opositor pretende es que los Socialistas anatematizen previamente todas las opiniones contrarias a las enseñanzas "tradicionales" de la moral y la religión, que abandonen las doctrinas de la filosofía Marxiana y una parte sustancial de su programa práctico. En cambio de estas ligeras concesiones, hace la promesa, o más bien, insinuación de que "la posición religiosa al Socialismo cesará probablemente."

Deploro mi incapacidad para aceptar la amistosa invitación en apoyo del movimiento Socialista. El Socialismo ha prosperado grandemente con sus actuales métodos y filosofía. Desde los días en que el movimiento cesó de representar un simple sentimiento piadoso y filantrópico, y se convirtió en la organización militante de la clase trabajadora, basada en la radical filosofía social y económica de Karl Marx, ha crecido desde un puñado de soñadores hasta un potente ejército internacional de muchos millones, llegando a ser un moderno factor social más poderoso que la poderosa Iglesia Católica. Ha crecido a pesar de la persecución política y de la "oposición religiosa," tal vez en cierto grado a causa de ellas. Es por tanto, enteramente improbable que el movimiento socialista cambie su táctica y su filosofía para complacer a mi amable opositor.

Pero si vamos a hacer uso de las sugerencias, puedo, a mi vez, ofrecer una al Dr. Ryan. Es también "elemental en su simplicidad":

Que la Iglesia Católica disuelva su sociedad con los ricos y poderosos de la tierra; que abandone su persistente oposición a todos los esfuerzos organizados de los pobres para alcanzar un mejoramiento social y económico; que deje de inmiscuirse en las luchas políticas y de clase en las que no tiene parte ni competencia para hablar; que haga a un lado su pompa y esplendor, sus mundanas ambiciones y su avaricia de poder; que retorne al espíritu práctico del humilde Nazareno; en una palabra, que se limite a sus legítimas funciones dentro de la esfera espiritual de la vida, y puedo asegurar positivamente al Dr. Ryan que, cuando esto se haya realizado, todo antagonismo entre el movimiento Socialista y la Iglesia cesará para siempre.

III.—Réplica del Dr. Ryan.

En su réplica a mi artículo principal Mr. Hillquit se queja de que "voy más allá del record" de las plataformas socialistas al fijar la actitud del movimiento hacia la religión. El hace precisamente lo mismo. De los tres escritores que cita en su vano esfuerzo para demostrar que "las declaraciones del partido significan precisamente lo que expresan", uno, Kautsky, es una elección algún tanto infortunada. Mi opositor ha omitido una importante sentencia calificadora que interviene entre las dos que cita de Kautsky; y, más extraño aún, ha descuidado informarnos que en la segunda edición del panfleto del que se ha tomado la cita, el gran Socialista Alemán corrigió su declaración en la

siguiente forma: (Veáse "The Larger Aspects of Socialism," por W. E. Walling p. 389.)

"Como muchas cartas a mí dirigidas muestran que mi declaración ha sido mal comprendida, no creo fuera de lugar establecer que no considero posible la unión del Cristianismo con la Democracia Social como un partido político, en el sentido de que sea posible llegar a una plena comprensión del Socialismo desde el punto de vista del Cristianismo.----- La aceptación de un Dios personal (y un Dios impersonal es una expresión sin sentido) y de una inmortalidad personal, es incompatible con la presente etapa de adelanto científico en general, del que forma parte el socialismo científico que no puede ser desprendido del conjunto."

Los otros dos autores Pannekoek y Liebknecht aseguran que la Religión no es asunto que atañe al Socialismo. ¿Pero cómo podemos saber si los mueven simplemente consideraciones "tácticas," exactamente como a Arthur Morrow Lewis y otros delegados a la Convención de Chicago de 1908, quienes finalmente votaron el proyecto de neutralidad religiosa, aún cuando en el curso de los debates lo habían denunciado como una mentira?

En todo caso, el "abundante testimonio" de Mr. Hillquit, viene sólo de dos autores, mientras que las expresiones contrarias que he citado representan a más de una docena de autoridades. Ciertamente que Mr. Hillquit llama a tales expresiones "declaraciones fragmentarias," pero probablemente no negará que reflejan en forma adecuada el pensamiento de sus autores. Cualquier lector que esté dispuesto a investigar su valor, debe consultar los textos de que han sido tomadas.

Mi opositor introduce una minuciosa pero enteramente innecesaria discusión sobre los diferentes significados de Religión, y sus términos congénitos Cristianismo e Iglesia. Nunca negué que la filosofía socialista sea compatible con lo que él llama "religión idealista" lo que puede simplemente significar "un principio ético," "un sistema filosófico", o aún "el propio Socialismo". Durante toda la discusión he usado, sin género de duda, el término *religión*, en su sentido ordinario y fácilmente comprendido: la creencia en una sumisión a un Dios personal, el Creador y Regulador Moral del Universo. A la religión en esta aceptación propia y no en el sentido de algún ideal incoloro, he sostenido y sigo sosteniendo que el movimiento socialista es antagónico.

Los dos párrafos que cita mi opositor de un libro del Reverendo J. A. Derve para probar que este excelente y hábil sacerdote no encuentra la teoría del determinismo económico incompatible con sus creencias cristianas, no se ajustan en absoluto al caso. El Padre Derve simplemente dice que los factores económicos ejercen "casi ilimitada influencia sobre la conducta humana" y ha sido "la causa más constante y decisiva" de los acontecimientos en el campo particular de la política. Ninguna de estas expresiones equivale a la aserción de que los factores económicos determinan, en definitiva, toda la conducta social, condiciones, instituciones y creencias, o que factores no económicos tales como la religión, la moral, la ley, etc., son simplemente causas derivadas e instrumentales de los acontecimientos y cambios sociales. Este es el determinismo económico descrito por mi opositor en su artículo sobre la Filosofía Socialista. Esto, y nada más que esto, es el determi-

nismo económico en la forma en que lo comprenden los Socialistas ortodoxos.

El Padre Derve no niega la original independiente actividad y causales de los factores religiosos y morales, ni la existencia de la distinta entidad y espiritual llamada el alma. Por tanto, no puede correctamente ser clasificado como un creyente en la teoría socialista del determinismo económico. En verdad, si va a permitirse alguna licencia en su lenguaje algún tanto hiperbólico e impreciso, su opinión sobre las causales económicas no difiere sustancialmente de la mía, expresada ya en más de una ocasión en los dos últimos capítulos. Sin embargo, mi opositor no me ha hecho el honor de colocarme entre los adherentes al determinismo económico.

Después de todo, parece que Mr. Hillquit ha estado simplemente ejercitando su habilidad dialéctica y dando suelta a su sentido humorístico, pues que inmediatamente tuerce a un lado y admite sustancialmente que mi posición es correcta. He aquí sus propias palabras: "Sin embargo, me inclino a creer que la mayoría de los Socialistas encuentran difícil, si no imposible, reconciliar sus opiniones filosóficas generales con las doctrinas y prácticas de credos religiosos dogmáticos." En obsequio a una extricta exactitud, desearía corregir esta sentencia introduciendo la palabra "basta" antes de la palabra "mayoría."

De acuerdo con mi opositor, la irreligión del Socialista no es mayor que la del individuo que "acepte las conclusiones de la ciencia moderna"; en consecuencia, no es debida determinadamente a la filosofía Marxiana.

Repito que la verdadera ciencia no está en oposi-

ción a la religión, a la ortodoxa y dogmática religión. Por ciencia quiero significar el grupo de naturales, empíricas disciplinas, tales como la química, la biología, la física, la fisiología, la psicología experimental, la geología. Cuando inquirimos si la ciencia, así comprendida, es compatible con la religión, podemos tener en la mente, ya los principios y conclusiones de la ciencia, o la actitud religiosa de los hombres de ciencia.

Por cuanto que la ciencia solamente de aquellos hechos que caen bajo la observación de los sentidos y de las uniformidades o leyes que por tal observación son descubiertas, no puede como tal, conocer o asumir actitud determinada hacia las causas definitivas o realidades suprasensibles. Estas se encuentran en absoluto más allá del campo de la ciencia, y constituyen el dominio de la filosofía y de la teología. Por la verdadera naturaleza de la situación, es evidente que no puede haber conflicto entre la religión y la ciencia objetivamente considerada.

No obstante, algunos hombres de ciencia han ido más allá de su propio campo, y han intentado interpretar como filósofos el definitivo significado de los fenómenos que han observado y de las leyes que han formulado. Con ésto han especulado acerca de Dios y la inmortalidad. ¿Tienden sus opiniones sobre estos problemas ultracientíficos a apoyar la aserción o presunción de que los hombres de ciencia son irreligiosos?

La gran mayoría de los más capaces y más autorizados hombres de ciencia no han encontrado incompatibilidad entre sus opiniones científicas y los principios de la religión ortodoxa. Copérnico, Galileo, Newton, Galvani, Volta, Ampère, Cuvier, Pasteur, Heschell, Maxwell. Dana, Lossen, Mendel, Saint-Hilaire, Roma-

nes, Kelvin, Virchow, Wallace, Wundt, Lodge y muchos otros, fueron o son creyentes en Dios y en la interpretación deísta del universo. Entre los hombres de ciencia de primera fila, esto es, los que han hecho importantes descubrimientos y ensanchado las fronteras del conocimiento humano, los negadores de Dios, constituyen una extremadamente pequeño minoría. Mr. Hillquit encontrará apoyadas estas aserciones por una gran suma de evidencia positiva y detallada, en un libro recientemente publicado en Londres titulado "Religions Belief of Scientists," por Arthur H. Tabrun.

Ciertamente que los popularizadores de la ciencia, los hombres que por si mismos han investigado poco y descubierto nada, han sido incrédulos en una considerable proporción. De allí que ellos se hayan esforzado para crear la impresión en la parte del público lector inercitible y superficial, que la religión y la ciencia se oponen mutuamente. Pero ellos no son hombres de ciencia ni caben sus especulaciones irreligiosas dentro del campo de la ciencia.

Si mi opositor hubiese simplemente declarado que la irreligión socialista era debida, en gran parte, a la irreligión y escepticismo general de la última centuria y media, hubiera pisado sobre sólida base. Una gran proporción de los Socialistas ha aceptado las opiniones de los ateístas popularizadores de la ciencia, y las opiniones de otros escritores excépticos, antes de llegar a ser socialista. Una vez dentro del movimiento, sin embargo, encuentran a su irreligión, previamente adquirida, en absoluta armonía con la filosofía socialista. De allí que la última constituya la principal razón de por que el ordinario Socialista no pueda ser otra cosa que

un agnotisista o un ateuista mientras permanece dentro del movimiento socialista.

Mr. Hillquit admite que las relaciones entre el Socialista de tipo ordinario y la Iglesia, son "algún tanto tirantes" pero arroja la culpa por completo sobre la última. En apoyo de su argumentación, inserta una tirada algún tanto larga y virulenta en contra de la Iglesia.

Me abstendré de una réplica formal. Primero, porque la explicación del antagonismo socialista a la Iglesia es sobradamente obvio en el antagonismo socialista a la religión. No hay necesidad de buscar una causa adicional. Segundo, porque Mr. Hillquit correctamente expone la política sobre que habíamos convenido discutir cuando declara en su primer artículo que "la Iglesia Católica no será un tema en el presente debate." Tercero, porque el espacio de que dispongo es insuficiente para una réplica adecuada a una serie de aserciones que cubren diez y nueve siglos de historia. Cuarto, porque tal réplica sería inútil en un sentido y superflua en otro. Sería inútil dirigida a personas con prejuicios, y a todos los individuos que estén satisfechos con una historia *a priori*. Sería superflua a los ojos de todos aquellos lectores que traten de extraer sus opiniones históricas exclusivamente de un estudio de los hechos; porque estos comprenderían que de las treinta y cinco sentencias que contiene el ataque de mi opositor, veintiuna son una directa reversión de la verdad, doce constituyen una caricatura de la verdad, y solamente dos son inalteradas verdades.

Los ejemplos que cita Mr. Hillquit de la historia del parlamento Alemán, nada prueban, más que el partido Socialista defendió la libertad de asociación en Ale-

mania. Esto fué una prudencia elemental en un país donde su propia libertad de asociación se veía constantemente amenazada por el gobierno. Esto nada prueba con respecto a la actitud general del movimiento Socialista hacia la libertad y tolerancia religiosas adecuadas y genuinas. "La separación de la Iglesia y el Estado" y "la absoluta libertad religiosa" son hermosas promesas, pero deseáramos saber cómo son interpretadas por los Socialistas, antes de aceptarlas como garantías de fundamentales derechos religiosos.

Sabemos que han sido interpretados en el "Erfurt Programme" como excluyendo el derecho de sostener escuelas religiosas privadas.—(1) Sabemos que fueron interpretadas por los grupos socialistas en el parlamento Francés permitiendo la ayuda militante al gobierno en su obra de despojo a la iglesia, de disolución de las congregaciones religiosas, y del intento para esclavizar a la Iglesia por medio de la odiosa "ley de asociaciones." No sabemos de ningún país en el continente en cuyo parlamento se hayan mostrado los Socialistas deseosos de conceder a la Iglesia la medida de libertad religiosa de que disfruta en los Estados Unidos.

Mr. Hillquit está enteramente en lo justo al asentar que los buenos católicos no deben tener "aprehensiones, por la suerte del Cristianismo, bajo un régimen socialista." El Cristianismo ha sobrevivido a peligros mucho mayores. Sin embargo, no hay razón para mirar con indiferencia al Socialismo. Todos los buenos americanos saben que podríamos subyugar a México, pero los americanos nobles no mirarían con complacencia ningún propósito de guerra con ese país.

(1) Véanse las declaraciones de Liebknecht sobre el particular en el mismo párrafo en que declara que el Socialismo nada tiene que ver con la Religión. "Socialism: What it is and what it Seeks to Accomplish." P. 58.

Después de todo, la actitud probable del régimen socialista hacia la religión y la libertad religiosa, es asunto de una importancia enteramente secundaria. No va a ser establecido semejante régimen en ninguna nación adelantada. Lo que sí es de serias consecuencias es el hecho de que el movimiento actual socialista, es una influencia activa y trascendente para el acrecentamiento de la irreligión en considerables partes de la población de varios países.

Es esta la fase de la situación que atañe verdaderamente a todos los amigos de la religión.

Al hacer la sugestión de que se purgase el Socialismo de sus elementos no-económicos, no tuve la idea de que el plan pareciese aceptable a mi opositor. Mi único objeto al presentarlo, fué demostrar la mala fe o la crasa ignorancia de aquellos miembros del partido que aseguran que el Socialismo es un "sistema puramente económico." Desde luego que Mr. Hillquit rehusa considerar la eliminación de una sola de las doctrinas filosóficas, morales o religiosas del movimiento, no puede razonablemente esperar una cesación en la oposición de la iglesia. Las doctrinas en cuestión no pierden su pestífero carácter simplemente porque sean propagadas por el Socialismo.

Es obvio que la Iglesia no puede aceptar la "contra-sugestión" que hace mi opositor al final de su artículo. En primer lugar, ella no puede dejar una posición que no ocupa, cual es la de "asociación con los ricos" y oposición al mejoramiento social. En segundo lugar, la defensa de la religión y la moral contra los ataques hechos bajo la divisa de "luchas políticas y de clases," es una parte muy importante de sus legítimas funciones espirituales.

Por tanto, de las mismas páginas de Mr. Hillquit aparece sobradamente claro que el Cristianismo y el Socialismo son irreconciliables. En nombre de la verdad y de la honradez, le doy las gracias por su servicio.

Acerca del resultado de este irrepresible conflicto, el Cristianismo, al menos el Cristianismo Católico, no tiene aprensiones. Si se me perdonara el hacer uso de la conocida predicción de Macaulay, diría que la Iglesia estará aún floreciente cuando el último irredento Marxiano levante su melancólica faz de los secos y polvorosos volúmenes de "Das Capital", convencido de la tontería que encierran "el método dialéctico", "el determinismo económico," "la lucha de clases," "la supervalía" y todas las otras características propiedades de la tragi-comedia llamada Socialismo.

IV.—CONTRA-REPLICA DE MR. HILLQUIT.

En un punto importante, al menos, parece que mi opositor y yo estamos en perfecto acuerdo. Estamos conformes en que existe escasa posibilidad de un sincero entendimiento y una cooperación activa entre el movimiento socialista y la Iglesia Católica mientras sigan siendo lo que son. Y esto es prácticamente todo lo que Karlos Kautsky dice en el pasaje que yo "descuidé" citar en mi artículo principal y que mi opositor resucita triunfalmente en su réplica.

Los esfuerzos del Dr. Ryan para explicar las opiniones del Padre Derve sobre los leyes del desenvolvimiento histórico, me parecen tan innecesarios como faltos de éxito. El distinguido sacerdote Católico acepta la teoría del determinismo económico sin reservas o subterfugios, y lo dice tan clara y lisamente como puede de-

cirse en lengua Inglesa. Además, el Dr. Derve es más consistente en la aceptación de la teoría, que el Dr. Ryan en su oposición a ella.

Porque, después de todo, ¿por qué un buen católico podría considerar la creencia en el determinismo económico incompatible con el credo ortodoxo de su iglesia? En el capítulo precedente el Dr. Ryan argumenta con mucho énfasis que las leyes morales son "las reglas de conducta que necesariamente ha impuesto Dios para guía de los seres que El ha creado bajo la forma humana, del mismo modo que las leyes físicas son las reglas por las que El dirige el universo no racional." En otras palabras, mi opositor argumenta que Dios no gobierna el universo, de día en día, por métodos directos, arbitrarios y variables, sino que El ha impuesto ciertas reglas permanentes e inmutables por las que gobierna la vida y la existencia, reglas que, al ser descubiertas, constituyen las "leyes" de la ciencia. Si es verdadera esta teoría, ¿por qué excluir una regla para el desarrollo social e histórico, de origen divino y universalmente válida?

Si la ley de la gravitación descubierta por Newton es la regla por la que Dios dirige el movimiento de los planetas, y el proceso de selección natural descubierto por Darwin es la regla por la que él dirige el desarrollo biológico, ¿por qué la ley del determinismo económico descubierta por Marx no puede ser la regla por la que El dirige el curso del progreso social? Si las concepciones puramente mecánicas de la gravitación y de la selección natural dejan espacio para la creencia en un Creador personal Regulador del Universo, ¿por qué no también la teoría del determinismo económico? Me parece que la distinción es enteramente arbitraria e ilógica.

Mi opositor no es mas feliz en la elección de sus argumentos para apoyar la pretendida armonía entre la ciencia moderna y la teología dogmática.

El Dr. Ryan menciona a veinte hombres de ciencia, comenzando con Copérnico y Galileo y terminando con Wallace, Wundt, y Lodge, y sostiene que ellos "no han encontrado incompatibilidad entre sus opiniones científicas y los principios de la religión Ortodoxa." Mi opositor encontraría algún tanto difícil la tarea de probar que las opiniones religiosas de un considerable número de las personas por él mencionadas, fueron "ortodoxas" dentro de su propia definición del término. Pero suponiendo que hubiesen sido, el hecho serviría tan poco como prueba en favor de la argumentación del Dr. Ryan, como para la tesis contraria serviría una lista de hombres de ciencia irreligiosos. El método de extraer conclusiones generales de ejemplos determinados, a menudo conduce a curiosos resultados.

Tómese el caso de Alfred Russel Wallace. Fué un hombre de ciencia eminente y un creyente en Dios. Por ello el Doctor Ryan considera su caso como uno de los que tienden a probar la pretendida armonía entre la ciencia y la religión. Pero Wallace fué también un franco y entusiasta Socialista.

¿Consideraría mi opositor este hecho como probatorio de que el Socialismo es al mismo tiempo científico y religioso?

Pero la más seria grieta de su argumento se encuentra en su absoluta parcialidad. Para establecer la pretendida armonía entre la ciencia y las creencias ortodoxas, no basta mostrar las inclinaciones de los hombres de ciencia hacia la religión; es también necesario probar que ha existido una actitud amistosa de la Igle-

sia hacia las verdades científicas y hacia sus descubridores y expositores. Son necesarias dos partes para formar un acuerdo.

Y aquí es donde la dificultad que se atraviesa a mi opositor llega a ser insuperable. La historia de la Iglesia es de constante hostilidad e implacable persecución a todo progreso científico.

Nicolás Copérnico, que encabeza la lista del Doctor Ryan de hombres de ciencia religiosos, hizo el gran descubrimiento de que la tierra da vueltas al rededor del sol, en los primeros años de la vigésima sexta centuria. Sin embargo, eran tan grandes sus temores a la persecución teológica, que por más de treinta años no se atrevió a publicar su descubrimiento. Su obra sobre "Las Revoluciones de los Cuerpos Estelares" fué impresa en 1543, y una copia del libro fué puesta en las manos del gran hombre de ciencia, cuando estaba postrado en su lecho de muerte. Los acontecimientos subsecuentes demostraron ampliamente que los temores de Copérnico eran bien fundados.

El primer gran popularizador del sistema de Copérnico, el original pensador y filósofo, Giordano Bruno, estuvo encarcelado por la inquisición Romana durante dos años, y fué quemado en un poste como hereje en 1600. Galileo Galilei, uno de los más poderosos intelectos de su tiempo, que corroboró y perfeccionó el descubrimiento de Copérnico por medio de observaciones telescópicas, fué importunado por la oposición clerical en todos sus trabajos. Dos veces fué llevado ante el tribunal de la inquisición Romana y a los setenta años el sabio, enfermo y agotado, bajo amenazas de torturas inquisitoriales, fué obligado a arrodillarse y a "abjurar, maldecir y detestar públicamente la herejía del movi-

miento de la tierra." Y no terminó aún con su muerte la persecución a Galileo. El clero no permitió que su cuerpo fuese enterrado en la tumba de su familia, ni que fuese erigido un monumento a su memoria. En 1616 la Iglesia prohibió "todos los libros que afirman el movimiento de la tierra."

Los trabajos de Kepler, Descartes, Newton y Saint-Hilaire fueron enconosamente atacados por la Iglesia y a la mitad del siglo XVIII el gran Naturalista Francés Jorge Buffon, que fué el primero en dar un fundamento científico a la geología moderna, fué compelido por la facultad teológica de la Sorbonna, a retractarse: "repudio todo lo escrito en mi libro con respecto a la formación de la tierra, y en general todo lo que sea contrario a la narración de Moisés."

Cuando, haciendo época, fueron publicados los descubrimientos de Darwin, corrieron la suerte de todos los nuevos adelantos científicos. El Cardenal Manning se hizo eco del sentimiento de la Iglesia Católica cuando caracterizó al Darwinismo como una "filosofía brutal; no hay Dios y el mono es nuestro Adán," precisamente como el Obispo Wilberforce había hablado de la Iglesia Protestante cuando rechazó la nueva teoría como una "tendencia que limita la gloria de Dios en la creación." El Papa Pío IX condenó enfáticamente la teoría Darwiniana como una "aberración" herética.

Cuando las fuerzas impulsoras de la verdad científica derribaron por último los gruesos muros de la oposición clerical, y los nuevos descubrimientos se afirmaron definitiva e indestructiblemente en la mente de los hombres, la Iglesia tuvo que abandonar la tarea de pretender en cada caso volver las aguas a su cauce primitivo. En 1757 el decreto "contra el movimiento de la

tierra" fué anulado formalmente por la corte papal, y en la actualidad aun el Darwinismo está libre del anatema de la Iglesia.

Pero la Iglesia nada aprende del pasado, y continúa saliendo al encuentro de todo nuevo avance de la ciencia, con terrible represión. Si no va ya dirigida contra los "herejes" Copérganos o Darwinianos, son los "agnostisistas" y "Materialistas" Marxianos los que constituyen el blanco de sus ataques.

El Doctor Ryan concluye su réplica con una hábil paráfrasis de un pasaje de Macaulay en que predice la triunfal supervivencia de la Iglesia y la cercana muerte de las herejías de la filosofía Marxiana. Tales piadosas profesías fueron hechas por los antecesores de mi opositor con referencia a la teoría heliocéntrica en los días de Copérnico, Bruno, y Galileo, y con referencia a la teoría de la selección natural en los días de Darwin, Huxley, y Wallace. ¿Qué seguridad tiene de que su gozosa "predicción acerca de la suerte del Socialismo Marxiano sea tratada con mayor respeto por la historia, última instancia para todos los movimientos y teorías?

CAPITULO VII

SUMARIO Y CONCLUSIONES

Por Morris Hillquit.

Los principales puntos del debate entre el Doctor Ryan y yo, han sido plenamente tratados en los capítulos precedentes, y resultaría enteramente inútil abrir de nuevo la discusión. Lo que ahora vamos a hacer, según entiendo, es simplemente recoger algunos cabos sueltos, y trazar nuestras conclusiones.

El Doctor Ryan ha demostrado ser un opositor de erudición y habilidad excepcionales, y me congratulo grandemente en expresar mi apreciación sincera acerca de la forma cortés y correcta con que ha manejado su parte en el complejo y contencioso asunto.

Pero mirando a las páginas precedentes, no puedo menos de sentir que la erudición y el amplio espíritu de mi opositor, han sido las principales causas de su debilidad. En un debate contra el Socialismo, el conservador "standpatter" se encuentra colocado en una posición ventajosa sobre el crítico liberal. Aquél, cierra obstinadamente los ojos a las condiciones y tendencias de la vida en su derredor; testarudamente sostiene que todo es perfecto en éste, el mejor de los mundos, y que la demanda para cambios y mejoramientos, no es mas que el grito sin sentido de la demagogía. Rehuye enfrentarse a todos los hechos conocidos; es brutal y absurdo, pero es siempre lógico con sus premisas. Por otra parte, el